

# Alocución de Navidad de 1948 de Su Santidad el Papa Pío XII

En todos aquellos países donde profesar la fe católica significa realmente sufrir persecución, ha habido, y hay, millares de valientes hombres y mujeres que, sin desmayar ante el sacrificio, la proscrición y las torturas, y sin temer ni a la cárcel ni a la muerte, no se postran ante el Baal de la fuerza y el poder (III Reyes, XIX, 18).

Está dispuesta a todo, excepto a una cosa: no se le pida que obtendrá el retorno de los hijos que la abandonaron, ya antaño, ya hoy, a cambio de que acceda a debilitar o manchar el depósito de la fe cristiana confiada a su cuidado.

...las naciones forman todas una comunidad con un objetivo común y con deberes también comunes. Aun en tiempos en que proclamar este principio y sus consecuencias prácticas levantaba violentas reacciones, la Iglesia negó su consentimiento al concepto errado de una soberanía absolutamente autónoma y libre de toda obligación social.

Un pueblo amenazado con una agresión injusta, o ya víctima de ella, no puede quedar pasivamente indiferente, si ha de pensar y actuar como corresponde a cristianos, por lo mismo la solidaridad de la familia de las naciones prohíbe a los otros comportarse como meros espectadores, en una actitud de neutralidad apática.

Ciudad del Vaticano, diciembre. (NOCW).—Se ofrece continuación una versión castellana del texto completo del Radiomensaje que Su Santidad el Papa Pío XII dirige al mundo en la Víspera de la Navidad de 1948:

Graves, y al mismo tiempo llenas de ternura, como el testamento y la despedida de un padre amante, fueron las palabras del Divino Redentor a su primer Vicario en la tierra: «Confirma fratres tuos» (Lucas XXII, 32), ¡confirma a tus hermanos en la fe! Desde el día en que El quiso, en sus inscrutables designios, confiar a nuestras débiles manos el timón de la barca de Pedro, estas palabras han resonado y cesar en nuestra mente y en nuestro corazón.

Aunque esta consigna inmortal se halla profundamente grabada en lo más profundo de nuestra alma, cobra aún mayor fuerza en nuestro ánimo siempre que ejerciendo nuestro ministerio apostólico, comunicamos a la Jerarquía y a los fieles del mundo las enseñanzas, normas y exhortaciones que se necesitan para que la Iglesia pueda cumplir plenamente su misión salvadora, y que deban adaptarse debidamente a las siempre cambiantes circunstancias de tiempo y lugar, aunque conserven su inmutabilidad esencial sin desvío alguno.

Es pues, con singular y profunda emoción, que Nos experimentamos la fuerza de ese mandato divino en este momento en que os dirigimos, por la décima vez, amados hijos e hijas del orbe entero, nuestro Mensaje de Navidad, al final de una década que, por sus acontecimientos críticos, por la ansiedad abrumadora y por la amargura de sus miserias, no ha tenido igual en el curso de la historia del humano linaje.

En la Navidad anterior, cuando pedimos vuestras oraciones y vuestra ayuda con ocasión de la misma fiesta, expresamos la esperanza de que el año de 1948, entonces en el umbral de la existencia, pudiese ser para Europa y para toda la sociedad de las naciones, atormentadas por tanta desunión, un año de febril reconstrucción, y el comienzo de un rápido avance hacia la genuina paz.

Hoy, al final de ese año que trala tantas esperanzas, nuestra voz paternal de nuevo os invita a vosotros, cristianos honrados, sinceros y reflexivos a ponderar una vez más el presente estado de la humanidad y de la cristiandad, y considerar qué plan debería acogerse para adelantar, cierta y sinceramente, por la ruta que exigen las urgentes necesidades de los tiempos, y vuestra propia conciencia.

Cualquier persona, clarividente que tenga la fortaleza y el valor morales de mirar cara a cara esta situación, aun cuando sea doloroso y humillante hacerlo, debe reconocer sin reservas que este año de 1948, que asomó lleno de expectativas grandes y bien fundadas, parece haber llegado en su ocaso a uno de los puntos

cruciales de un camino que si antes ofrecía un panorama sonriente, se detiene ahora al borde de un precipicio cuyo abismo y cuyos peligros inspiran una ansiedad creciente a aquellas almas buenas y generosas.

Sin embargo, precisamente por esta razón, amados hijos e hijas, al paso que un corazón pusilánime comienza a abandonar las mentes de los más valerosos y las dudas asaltan a los hombres más iluminados y determinados. Nos sentimos más que nunca obligados a obedecer el divino mandato: «Confirma fratres tuos». A todos vosotros, aún a aquellos que habitan los confines de la tierra, enviamos como saludo de Navidad, las palabras con que el profeta anunció la obra de la Redención y la victoria decisiva del reino de Cristo: «Esforzad las manos flojas, y robusteced las rodillas débiles. Decid a los pusilánimes: ¡Ea! Buen ánimo, y temed; mirad que Dios mismo vendrá y os salvará». (Isaías XXXV, 3-4).

Como sucesor de aquél (Pedro) a quien se dió la divina promesa: «Yo he rogado por ti a fin de que tu fe no perezca» (Lucas XXII, 32), sabemos muy bien que cuando la lucha contra los poderes de las tinieblas se torna más ardua y entra en fases que son decisivas y, para hablar humanamente, alarmantes, es entonces cuando el Señor está más cerca de Su Iglesia y de sus fieles. Conviéndonos plenamente y conscientemente de esta ayuda divina, recordamos a todos los que se glorian del nombre de cristianos y católicos, el doble deber sagrado, indispensable para mejorar la condición presente de la sociedad humana:

1.—Fidelidad inquebrantable al testamento que como herencia dejó al mundo el Redentor.  
2.—Cumplimiento cabal y condesciéndulo del precepto de la justicia y del amor, condición necesaria para el triunfo en la tierra de un orden social digno del Divino Rey de la Paz.

Seríamos muy ingratos para con el Todopoderoso, dador de toda gracia y proveedor de todo bien, si no reconocieramos también que el año que agoniza fué, pese a sus ansiedades y dolores, un año rico en consuelos espirituales, en felices experiencias y en éxitos confortantes. Fué un año en que la Iglesia, día, entre todos los pueblos, y en todo país y continente, pruebas inconfundibles y espléndidas de su vida y de su vigor, de su actividad y resistencia, y de su rápido progreso. Y todas estas cosas no sólo justifican las más halagadoras esperanzas en el campo espiritual, sino que han producido ya resultados tangibles en el debate titánico en que el humano linaje se encuentra envuelto al mismo tiempo que lucha por sanar sus heridas y alcanzar la paz.

Una cadena gloriosa de funciones religiosas, de congresos eclesiarísticos y marianos, de celebraciones centenarias importantes, y de concentraciones imponentes nos prueba para cualquier ob-

Es que las pruebas severas que la Iglesia ha sufrido por culpa de la guerra y de sus consecuencias, las pérdidas dolorosas y las graves heridas que ha soportado, han servido tan sólo para dar testimonio más confortante y consolador de su energía y resistencia.

Su defensa es aún una obligación para las naciones en su totalidad, las cuales tienen el deber de no abandonar a un país que es atacado.

Un cristiano convencido de su fe no puede confinarse a un «aislamiento» fácil y egoísta, ante las necesidades y la miseria de sus hermanos, ante los gritos de auxilio de aquéllos en desgracia económica; ni cuando se entera de las aspiraciones de las clases trabajadoras que anhelan condiciones de vida más justas y normales; o se da cuenta de los abusos de un sistema económico que pone al dinero por encima de las obligaciones sociales.

servador imparcial, de que ni la guerra ni sus consecuencias, ni la tenacidad de los enemigos de Cristo, ni sus maquinaciones discordantes y destructivas, han podido secar ni contaminar las limpias fuentes en donde la Iglesia ha bebido por veinte siglos casi, su fortaleza vivificadora. Por doquiera se manifiesta una renovación y una palpación viva que busca, especialmente en la juventud católica, infundir las verdades del evangelio y su fuerza saludable de su doctrina en todas las esferas de la actividad humana; y su meta es ayudar y salvar incluso a aquellos que hasta el presente han cerrado sus corazones, con gran daño para sí mismos, a tan benéfica acción.

Es que las pruebas severas que la Iglesia ha sufrido por culpa de la guerra y de sus consecuencias, las pérdidas dolorosas y las graves heridas que ha soportado, han servido tan sólo para dar testimonio más confortante y consolador de su energía y resistencia. Lanzada a quienes allá por la tormenta y las olas, ha conservado incólume e inviolada su fibra vital.

En todos aquellos países donde profesar la fe católica significa realmente sufrir persecución, ha habido, y hay, millares de valientes hombres y mujeres, sin desmayar ante el sacrificio, la proscrición y las torturas, y sin temer ni a la cárcel ni a la muerte, no se postran ante el Baal de la fuerza y el poder (III Reyes, XIX, 18). Sus nombres son desconocidos para la mayoría de las gentes, pero sus caracteres indelebiles en los anales de la Iglesia. Es un deber para Nos honrar a esas almas fieles y resueltas, a este puñado de escogidos, valientes e incansables, que son bendecidos por Dios. Para ellos, ni la adversidad de los tiempos, presentes, ni las tristezas y las lágrimas maternales de la Esposa de Cristo, sino piedra de tropiezo ni ocasión de locura, sino una oportunidad y un estímulo para demostrar, no con palabras sino con actos, la integridad y la generosidad de sus propósitos, la fidelidad inquebrantable, y la sumilde abnegación de sus corazones.

No hay palabras que puedan pagar un tributo digno y exaltar de manera apropiada el heroísmo de éstos los más fieles entre todos los fieles. A cada uno de ellos expresamos nuestra gratitud y rendimos nuestra alabanza. El Señor, que prometió recordar a quienes de Su Padre celestial a delante Le confesaron delante de los hombres (Mateo X, 32), será su recompensa eterna.

Si la constancia y la firmeza de estos hermanos en la fe es para Nos una fuente de alegría y santo orgullo, no podemos faltar a la obligación de mencionar a aquellos cuyos pensamientos y sentimientos llevan impreso el sello del espíritu y las dificultades de nuestro tiempo. ¡Cuántos han sufrido detrimento y cuántos han dejado naufragar su fe y su misma herencia en Dios! ¡Cuántos arrastrados por una ola de laicismo y de hostilidad a la Iglesia, han perdido la frescura y la serenidad de una fe que hasta entonces había sido el sostén y la luz de su vida! ¡Otros tantos, violentamente arrancados y arrojados de su suelo nativo, vagan sin rumbo, expuestos, particularmente en el caso de los jóvenes, a la ruina moral, cuyos inmensos peligros sería imposible ignorar!

El ojo maternal de la Iglesia sigue con solícito amor y redoblados cuidados las almas de quienes se encuentran extraviados temporalmente, o en peligro. Ella no se muestra enojada; ora, no condena. Y espera. Espera el retorno de esos hijos de Ella y

con ansia quiere encontrar los medios de apresurar esa hora venturosa. Por eso es que la Iglesia no se debilita ante ningún sacrificio, ni encuentra pesada cualquier penalidad con tal de alcanzar este objetivo. Está dispuesta a todo, excepto a una cosa: no se le pida que obtendrá el retorno de los hijos que la abandonaron, ya antaño, ya hoy, a cambio de que acceda a debilitar o manchar el depósito de la fe cristiana confiada a su cuidado.

Parece que es oportuno hacer brevemente una aclaración con respecto a ciertas aseveraciones ofensivas para la Iglesia Católica y el Papado, hechas por algunos disidentes. Nuestro deber de caridad y de amor no disminuye ciertamente ante los ataques y los insultos, pues sabemos

no de la verdad confiada a la Iglesia, no condena en forma aludida al cristiano católico (como no pocos creen o parecen creer) a una actividad de reserva tímida, o de fría indiferencia ante los deberes tan graves y urgentes de la hora actual.

Por el contrario, el espíritu y el ejemplo de Nuestro Señor, que vino a buscar y a salvar lo que se había perdido; el mandamiento del amor, y en general, el significado muy particular que irradiaba de la Noche Buena; la historia de la Iglesia, que demuestra como ha sido Ella siempre la defensora firme y constante de todas las fuerzas del bien y de la paz; las enseñanzas y las exhortaciones de los Pontífices Romanos, especialmente en el curso de las décadas recientes, con res-

pecto a la conducta de los cristianos para con sus semejantes, la sociedad y el Estado; todo esto sirve para proclamar la obligación que tiene el creyente de participar, generosamente, valientemente, y de acuerdo con su espíritu y sus capacidades, en cuestiones que un mundo atormentado y agitado tiene que resolver en el campo de la justicia social, y en el campo internacional del derecho y de la paz.

Un cristiano convencido de su fe no puede confinarse a un «aislamiento» fácil y egoísta, ante las necesidades y la miseria de sus hermanos, ante los gritos de auxilio de aquellos en desgracia económica; ni cuando se entera de las aspiraciones de las clases trabajadoras que anhelan condiciones de vida más justas y normales; o se da cuenta de los abusos de un sistema económico que pone al dinero por encima de las obligaciones sociales; o no ignora las aberraciones de un nacionalismo intrínseco que niega o pisotea los lazos comunes que unen a las distintas naciones, las que imponen a cada una de

Desde que acabaron las hostilidades, nunca como ahora los hombres se hallan obsesionados con la pesadilla de otra guerra, y se han sentido poseídos de tal ansiedad por la paz. Vacilan entre dos extremos. Algunos adoptan el antiguo lema, que no es falso por completo pero que es fácilmente mal interpretado y con frecuencia mayor, mal empleado: Si vis pacem para bellum, si quieres la paz, prepárate para la guerra. Otros creen refugiarse a salvo en la fórmula: la paz a cualquier costo. Ambos grupos quieren la paz, aunque ambos la ponen en peligro, de una parte, provocando la desconfianza, de la otra, fomentando una seguridad que prepara el camino a la agresión. De donde unos y otros, sin quererlo, comprometen la causa de la paz en el momento preciso en que la humanidad, agobiada ante el peso de los armamentos, y en agonía ante el temor de nuevos y peores conflictos, se estremece ante la sola idea de una catástrofe futura.

ellas muchos y múltiples deberes para con la gran familia de los pueblos.

La doctrina católica sobre el Estado y la sociedad civil se ha fundado siempre en el principio de que, de acuerdo con la voluntad de Dios, las naciones forman todas una comunidad con un objetivo común y con deberes también comunes. Aun en tiempos en que proclamar este principio y sus consecuencias prácticas levantaba violentas reacciones, la Iglesia negó su consentimiento al concepto errado de una soberanía absolutamente autónoma y libre de toda obligación social.

El cristiano católico, persuadido de que todo hombre es su prójimo, y de que toda nación es un miembro, con iguales derechos, de la familia de naciones, coopera de todo corazón en esos esfuerzos generosos cuyos comienzos pueden ser débiles, y que encuentran con frecuencia grandes obstáculos y fuerte oposición, pero que quieren salvar a los Estados involucrados de la estrechez de una mentalidad egotista. Esta mentalidad ha sido en gran parte responsable de los conflictos del pasado, y si no se la supera finalmente, o al menos se la detiene, podría conducir a otras conflagraciones que pueden significar la muerte de la civilización del hombre.

Desde que acabaron las hostilidades, nunca como ahora los hombres se hallan obsesionados con la pesadilla de otra guerra, y se han sentido poseídos de tal ansiedad por la paz. Vacilan entre dos extremos. Algunos adoptan el antiguo lema, que no es falso por completo pero que es fácilmente mal interpretado y con frecuencia mayor, mal empleado: Si vis pacem para bellum, si quieres la paz, prepárate para la guerra. Otros creen refugiarse a salvo en la fórmula: la paz a cualquier costo. Ambos grupos quieren la paz, aunque ambos la ponen en peligro, de una parte, provocando la desconfianza, de la otra, fomentando una seguridad que prepara el camino a la agresión. De donde unos y otros, sin quererlo, comprometen la causa de la paz en el momento preciso en que la humanidad, agobiada ante el peso de los armamentos, y en agonía ante el temor de nuevos y peores conflictos, se estremece ante la sola idea de una catástrofe futura.

Por eso quisieramos señalar brevemente las características de la voluntad realmente cristiana que quiere la paz con sinceridad:

1.—El deseo cristiano por la paz viene de Dios. Es el «Dios de la paz» (Romanos XV, 33). Quien creó el mundo para que fuese morada de paz, y dió ese mandato de paz, esa «tranquilidad en el orden» de que habla San Agustín. El deseo cristiano de la paz tiene también sus armas, pero son ellas, las principales, la oración y el amor. Oración constante al Padre que está en los cielos, Padre de todos nosotros. Amor fraterno entre todos los hombres y todas las naciones, ya que todos son hijos del mismo Padre que está en los cielos; amor que, con paciencia, siempre triunfa en su disposición y presteza para lograr la comprensión y la concordia con todos.

Estas dos armas tienen su fuente en Dios cuando faltan, cuando los pueblos sólo saben esgrimir las armas materiales, no pueden haber verdadero deseo por la paz. Porque el armamento puramente material de necesidad provoca la desconfianza, y crea lo que equivale a un clima de guerra. Entonces, ¿quién puede desconocer cuán importante es para las naciones conservar y robustecer la vida cristiana, y cuán grave es su responsabilidad en la

Que las «Naciones Unidas» lleguen a ser la expresión plena e impecable de esta solidaridad internacional para la paz, borrando de sus institutos y de sus estatutos todo vestigio de lo que en sus orígenes, y por necesidad, fué una solidaridad para la guerra. ...las causas de la tensión que agrava el peligro de una guerra, moral y materialmente. Estas causas son, entre otras, en primer término la pequeñez relativa del territorio nacional, y la falta de materias primas. ¿Por qué, en vez de enviar alimentos, a un costo enorme, a los grupos de refugiados que se amontonan en el primer lugar adecuado que se encuentra, no se facilita la emigración y la inmigración de familias, dirigiéndolas hacia aquellos países donde podrían encontrar más fácilmente el alimento que necesitan? Y en lugar de restringir la producción, como se hace con frecuencia por razones que no son justas, ¿por qué no se permite a las gentes producir hasta el límite de su capacidad normal, y ganarse así el pan de cada día como premio a sus labores, en lugar de recibirlo como una dádiva? Finalmente, en vez de establecer barreras que impiden a unos y otros el acceso a las materias primas, ¿por qué no se libra su uso e intercambio de todas las restricciones innecesarias, en especial aquellas que han creado una nociva situación de desigualdad económica?

...sabemos muy bien distinguir entre el pueblo, con frecuencia privado de libertad, y el régimen que lo gobierna.

selección y la supervisión de aquellos quienes han confiado el control inmediato de los armamentos?

2.—El deseo cristiano por la paz se distingue fácilmente, por lo que obedece al divino precepto de la paz, tanto hace de una cuestión de prestigio nacional o de honor nacional, una razón de guerra, ni siquiera de amenaza de guerra; y es en cambio sumamente cuidadoso para evitar el recurrir a la fuerza de las armas en defensa de derechos que, aunque sean legítimos, no compensan el costo. Ambos grupos quieren la paz, aunque ambos la ponen en peligro, de una parte, provocando la desconfianza, de la otra, fomentando una seguridad que prepara el camino a la agresión. De donde unos y otros, sin quererlo, comprometen la causa de la paz en el momento preciso en que la humanidad, agobiada ante el peso de los armamentos, y en agonía ante el temor de nuevos y peores conflictos, se estremece ante la sola idea de una catástrofe futura.

3.—El deseo cristiano por la paz es práctico, y realista. Su meta inmediata es desvanecer o al menos mitigar las causas de la guerra, que agrava el peligro de una guerra, moral y materialmente. Estas causas son, entre otras, en primer término la pequeñez relativa del territorio nacional, y la falta de materias primas. ¿Por qué, en vez de enviar alimentos, a un costo enorme, a los grupos de refugiados que se amontonan en el primer lugar adecuado que se encuentra, no se facilita la emigración y la inmigración de familias, dirigiéndolas hacia aquellos países donde podrían encontrar más fácilmente el alimento que necesitan? Y en lugar de restringir la producción, como se hace con frecuencia por razones que no son justas, ¿por qué no se permite a las gentes producir hasta el límite de su capacidad normal, y ganarse así el pan de cada día como premio a sus labores, en lugar de recibirlo como una dádiva? Finalmente, en vez de establecer barreras que impiden a unos y otros el acceso a las materias primas, ¿por qué no se libra su uso e intercambio de todas las restricciones innecesarias, en especial aquellas que han creado una nociva situación de desigualdad económica?

El deseo genuinamente cristiano por la paz significa fortaleza, nunca debilidad ni resignación

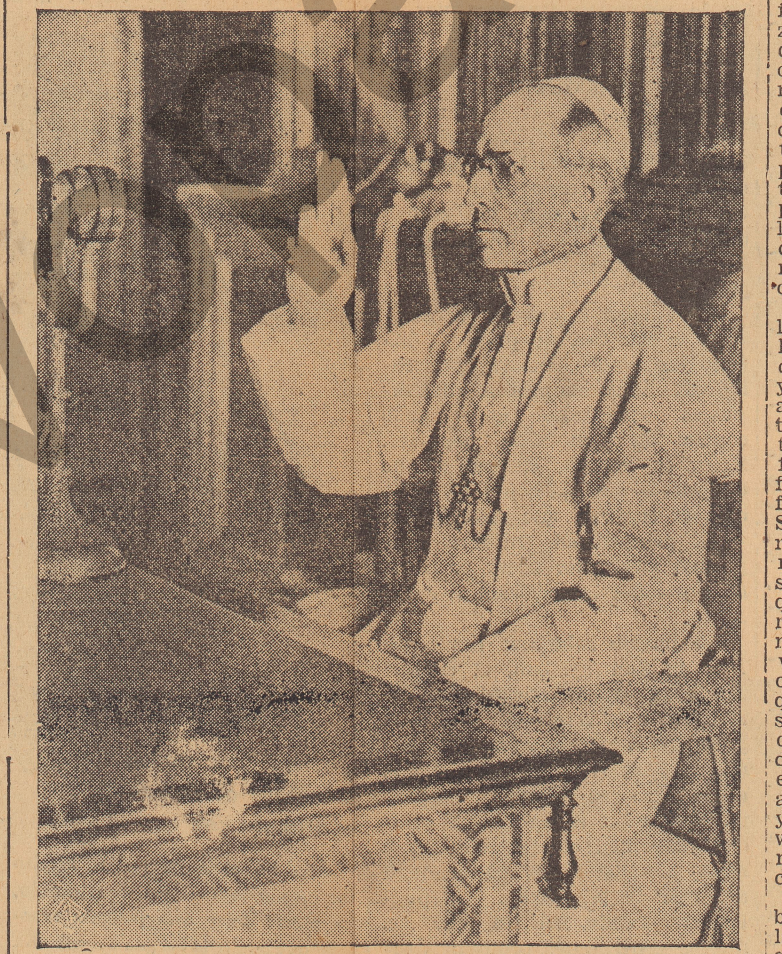
enervadora. Se confunde en uno solo con el deseo por la paz de Dios eterno y todopoderoso. Toda guerra de agresión contra los bienes que el plan divino por la paz obliga a los hombres respetar y garantizar incondicionalmente, y por lo mismo proteger y defender, es un pecado, un crimen, una ofensa contra la majestad de Dios, el creador y ordenador del mundo.

Un pueblo amenazado con una agresión injusta, o ya víctima de ella, no puede quedar pasivamente indiferente, si ha de pensar y actuar como corresponde a cristianos, por lo mismo la solidaridad de la familia de las naciones prohíbe a los otros comportarse como meros espectadores, en una actitud de neutralidad apática. ¿Quién podría permitir el daño causado ya en el pasado por tal indiferencia ante la guerra de agresión, bien sea una indiferencia al espíritu cristiano? ¿Cuán intenso han experimentado los «Grandes» y más todavía los «Pequeños», ese sentido de inseguridad? ¿Ha acrecentado tal actitud alguna ventaja o recompensa? Por el contrario, sólo ha dado mayor firmeza, y alentado, a los autores y fomentadores de la agresión, obligando en cambio a los varios pueblos abandonados a sus propias fuerzas, a aumentar sus armamentos indefinidamente.

Fundado pues, en Dios y en el orden por El establecido, el deseo cristiano por la paz es fuerte como el acero; su temple es muy distinto de aquel sentimiento meramente humanitario, con frecuencia una pura impresión, que detesta la guerra simplemente por sus horrores y atrocidades, su destrucción y su pillaje, pero sin parar mientes en la razón principal de su injusticia. Sentimiento tal, disfrazado con una tónica de hedonismo y utilitarismo, y materialista en sus móviles, carece del fundamento sólido de una obligación estricta y absoluta. Es una actitud que crea condiciones que fomentan el engaño que brota de componendas estériles en el intento de salvarse quien pueda a expensas de los demás, y en el triunfo siempre del agresor.

Atención editores: Al distribuir una versión castellana del Radiomensaje que con ocasión de la Navidad de 1948 dirigió el Santo Padre al mundo, NOCW, en su boletín del 24 de diciembre incluyó una nota del editor advirtiendo que el quinto párrafo de la página 10 correspondía a un pasaje ininteligible del cable, en cuya transmisión se permitió en efecto algunas palabras. Sigue a continuación la versión correcta, obtenida previa consulta con Roma:

«De donde es tan cierto que ni la sola consideración de los dolores y calamidades que resultan de la guerra, ni la cuidadosa consideración del acto frente a las ventajas, permiten determinar fi-



S. S. Pío XII, ante el Microfono de Radio-Vaticano